

LA NIÑA SIN CUENTOS

ERA uno de esos claros atardeceres del estío, en los que el sol no quiere ponerse; la pequeña Britta Kastengren estaba sentada junto a mí en los peldaños de madera de la finca, allá en Shonen, y, volviendo su estrecho rostro de pájaro hacia mí, me pidió que le contara un cuento.

«Atiende, pequeña Britta. Erase una vez...».

Britta me puso su manecita en la rodilla:

«¿Cuándo fué eso?».

«Hace muchos, muchos años, Britta».

«¿Estaba yo entonces ya en el mundo?».

«No, eso fué mucho antes. Pero déjame contártelo: Erase una vez una tierna nenita...».

Britta me tiró impaciente de la manga: «¿Una niña? ¿Tan grande como yo?».

Incliné la cabeza asintiendo: «Erase una vez una niña tan grande como Britta que era querida por todos...».

«¿También por el mayordomo Nils?».

«Por todos Britta, también por el mayordomo Nils; pero quien más la quería era su abuela, que nunca tenía bastantes regalos para la niña. Un día le regaló una caperucita de terciopelo rojo...».

Esto era demasiado a la vez para Britta. «¿Una caperucita de terciopelo rojo? ¿Eso dices? ¿Una caperucita como la que yo tengo, o una



gorra como la que tiene Karin? La mía es de seda, me la ha traído abuelita de Malmö, abuelita es muy rica, cuando se muera recibirá mamá mucho dinero suyo. Mi caperucita ha costado cuatro coronas cincuenta; la gorra de Karin se la ha comprado Tía Signe en Helsingborg, pero Tía Signe no quiere decirme lo que le ha costado, seguramente le dá vergüenza de que la gorra sean tan barata, es de una tela muy mala, padre dice que debe de haber estado bastante tiempo en el escaparate...».

Ya que Britta tiene que respirar como todas las personas, aproveché el pequeño descanso y proseguí:

«Cierta día le dije su madre a Caperucita Roja: Toma, ahí tienes un trozo de bizcocho y una botella de vino, llévaselos a la abuelita que está débil y enferma y se alegrará».

La mano de Britta me cerró la boca: «¡Espérate, espera! ¡Dime por qué no va la abuela a un hospital!».

«¿A un hospital? Es que, ¿sabes, Britta?, el hospital estaba demasiado lejos».

Britta se conformó y me rogó que continuara.

Por fin me dejó Britta decir unas cuantas frases, pero cuando llegué a decir: «Buenos días, Caperucita, dijo el lobo» saltó indignada: «¡Uy! cómo mientes! ¡Mamá me ha prohibido mentir! Si ya no hay lobos en Suecia... Me estás engañando porque crees que a los cinco años tengo que ser todavía tonta. Ni siquiera quedan ya liebres en el bosque. El molinero las ha cazado a todas con trampas, por eso ha estado mucho tiempo en el calabozo. Una vez estuve hablando a las gallinas, pero padre me dijo que los animales no entienden ni hablan nada. Solamente el papagayo habla, pero sin saber lo que dice».

Entonces pregunté a Britta si no quería que le acabara de contar el cuento de Caperucita, pero Britta ya no quería saber nada de este cuento sino que quería que le contase algo de un papagayo. Esto no lo quería yo a mi vez: «¿Sabes, Britta? Te voy a contar el cuento de una niña pequeña. ¡Escucha! Erase una vez una niña que se llamaba Britta Kastengren...». Britta batió palmas: «¿Soy yo? ¡Pronto, dime si soy yo!».

«Quizás, Britta, quizás. Esa pequeña Britta era tan curiosa, que hasta su nariz se le había vuelto puntiaguda. De todas las cosas que veía, siempre quería saber quien las había comprado y lo que habían costado. Un día se acababa de dormir, cuando...».

Britta me interrumpió con voz triunfal: «Cuando cumpla los siete años no me harán acostarme hasta las diez, mientras que Karin tendrá



que seguir metiéndose en la cama a las siete, porque ella será aun entonces más pequeña que yo».

Con un suspiro continué: «En cuanto Britta se durmió, todo lo que había en la habitación comenzó a hablar: los zapatos, los vestidos, las sillas, la mesa y, como las ventanas estuvieran abiertas, también tomaron parte en la conversación, el pozo del corral y los animales en los establos».

De nuevo se indignó Britta: «¡Cómo mientes! ¡Oh, cómo mientes! ¡Cómo van a hablar esas cosas?». Puse mi mano sobre su cabecita rubia: «Entonces, ¿crees que esas cosas no saben hablar? ¿No has oído nunca como chirrían tus zapatos cuando subes por la escalera? ¿Y no crujen tus faldas de seda cuando vas de un lado para otro? ¿No rechinan el cajón y la mesa? ¿No oyes el murmullo del pozo? ¿No gruñen los cerdos y cacarean las gallinas?».

Britta arqueó sus finas cejas: «Entonces, ¿por qué no lo entiendo?».

«Porque hay cosas, Britta, que no entenderás en la vida: ¡Atiende!». Le dije unas cuantas palabras en alemán y pregunté: «¿Me has entendido?».

Britta se había puesto seria: «¿Qué es eso que hablas?».

«Un idioma que no conoces, Britta».

Britta reflexionó un momento: «¿Y el cajón, los zapatos, las faldas, las gallinas, los cerdos y el pozo hablan también alemán? Pero si nunca han estado en Alemania, si son de Suecia».

«Yo se lo he enseñado, no son tan tontos como tú, Britta. Ni siquiera sabes cantar eso de: «Viene un pajarito volando...».

Britta estaba fuera de sí al pensar que los cerdos, las gallinas, el pozo y el armario pudieran ser más listos que ella: «¿Ah, sí? ¿Entonces podrás decirme lo que hablen de mí los cerdos?».

«¿Los cerdos? Dicen que a gusto te comerían».

Entonces gritó Britta con tal fuerza, que hasta los mismos cerdos allá en la pocilga debieron oír su fina voz chillona: «Se lo diré a mi padre, que los ahuyentará a bastonazos, le diré yo que lo haga».

«Bueno, tu padre ahuyentará a los cerdos. Pero ¿qué hará tu padre cuando te opriman el pie los zapatos, los zapatos nuevos de los domingos con tacones altos que te hacen tanta ilusión? ¿Qué harás, si se te cae el sillón encima del pie, si se queda enganchado en la mesa tu vestido azul? ¿Si te pilla los dedos el cajón, si te corta el cristal de la ventana? ¿Si todos ellos se conjuran para atormentar a la pequeña Britta hasta



que ésta haya olvidado el precio de las cosas? Nuestro precio ha sido el trabajo, te gritarán, hemos costado sudores y fatigas, niña—y eso es más que dinero».

Britta cogió mi mano: «Cuando las cosas son caras, tengo cuidado de ellas, cuando no valen nada se las puede destrozar, eso ha dicho papá. Y si están rotas, se las tira. Eso dijo papá cuando mamá me reñía por haber tirado al estanque mi muñeca vieja».

Ahora me asusté de veras: «Britta, ¿es cierto que has ahogado a tu muñeca?».

Fría y razonadora me contestó Britta: «Sí, pero antes le quité la peluca y el vestido bonito, pues hubiera sido una lástima. Tía Signe me va a traer una nueva de Estocolmo, una que duerme con los ojos cerrados».

Nils, el mayordomo, venía atravesando el patio, un poco encorvado, y se paró delante de la escalera. «¿Qué, alemán, una criatura endiabladamente lista, eh?», me preguntó en su dialecto.

Britta se levantó alisándose la falda, frunció el entrecejo y dijo severamente: «Nils, no debes jurar ni decir infernalmente ni endiabladamente ni ninguna de esas cosas. Mamá lo ha prohibido».

Nils sacó la pipa de la boca y escupió: «¡Al diablo!».

Britta golpeó el suelo con el pie: «¡Que no debes jurar tan tremendamente!».

«¡Por todos los diablos y por el infierno! Digo lo que me da la gana y no me lo prohíbe nadie».

Britta se tapó los oídos: «¡Malo! ¡Malo!, eres un hombre malo!»

«¡Grita tanto como quieras!», gruñó el viejo Nils. «Yo sé como son los Kastengren. Tu padre, marisabidilla, también fué un niño tan infernalmente listo que todo el mundo decía: «¡Diablo!, este Krischan Kastengren, ya llegará a ser un personaje al que toda Suecia admirará. Y ¿qué ha sido de ese niño, nueve veces listo? Pues un hombre que oprime y tiraniza, un roñoso, del cual yo pienso cuando lo veo calcular y hacer números: «No lo sabe hacer mejor, de tanto pensar ya no sabe nada». Si tu madre no fuese una mujer tan buena, Britta, a tu padre el nueve veces listo Krischan, ya lo hubiesen abandonado todos los criados».

Esto era un discurso inusitadamente largo para el viejo Nils. Britta miró despectivamente al criado: «Eres muy tonto, Nils. Papá me ha dicho que crees en el diablo y en fantasmas».

Nils metió la pipa en su desdentada boca: «¿Cómo no va a haber diablo si hay Kastengrens?».



La pequeña Britta se desentendió del viejo criado y me dió la mano: «¡Buenas noches, voy a contar a padre lo que habéis dicho tú y Nils!». Nils sacudió de mal humor la cabeza: «¡Diselo, diselo todo!». Y luego se dirigió a las cuerdas con la mirada perdida.

La pequeña Britta se volvió una vez más hacia mí: «¿Sabes? Dentro de un año podré quedarme más tiempo levantada y entonces podremos charlar más. Pero mañana volveré y me contarás el cuento del papagayo».

(Traducción de Marga Zielinski)

